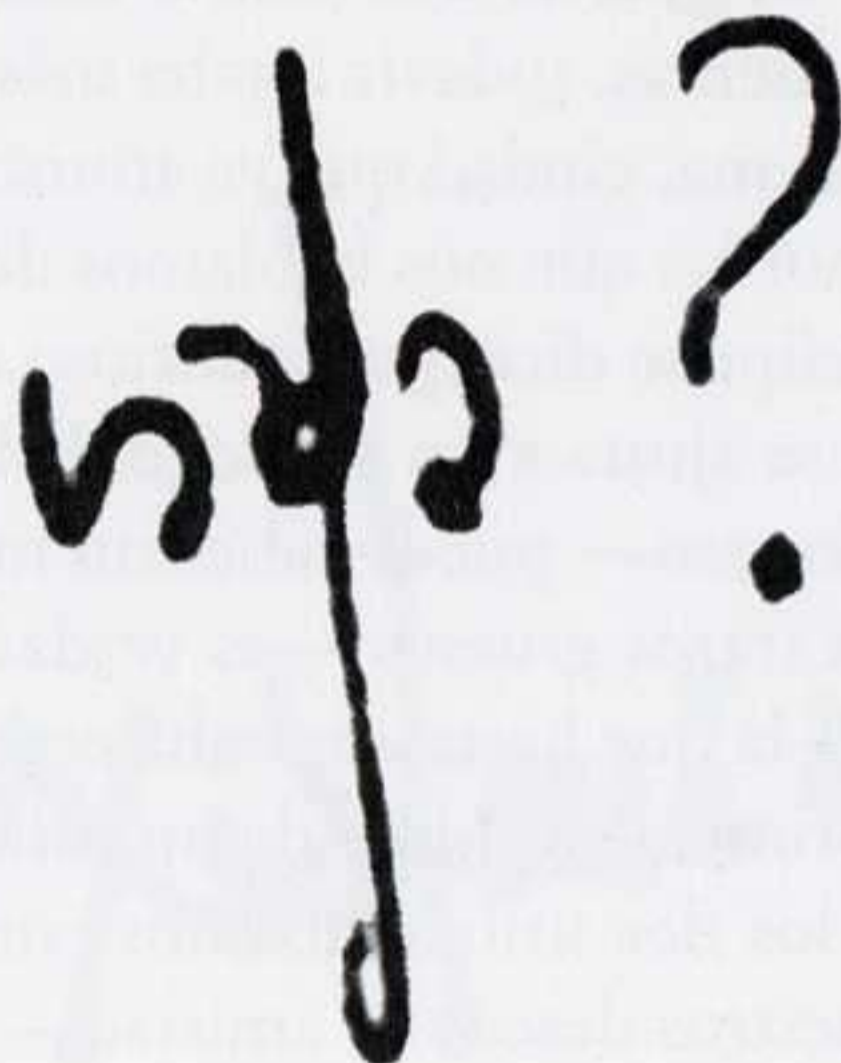


## UN VIAJE POR OPORTO

Enrique Vila-Matas



De Felipe Benítez Reyes admiro ciertos pasajes muy brillantes de su novela *El novio del mundo*, donde demuestra talento para unir imaginación con humor inteligente y despiadado con la condición humana. No soy un estudioso de su obra poética, pero lo poco que he leído me ha dejado recuerdos del futuro de una poesía que intuyo será de frase nocturna y alargada y quién sabe si de espíritus a media asta, quién sabe, no soy profeta, aunque me gustaría serlo, del mismo modo que me habría gustado de joven ser homenajeado prematuramente en una costa litoral sin pájaros, y lo digo literalmente, para quien quiera escucharlo en esta época sin sol ni nuevas revelaciones, sin pájaros.

Me queda poco por decir, que decía Beckett. La vida probable de nuestra amistad se concentra en un breve círculo portugués, de viaje y encuentro en Oporto, donde una noche de espíritu enloquecido nos llevó a entrar en un coche que conducía mi amigo Miguel de Lisboa, que siempre viajaba sin rumbo fijo, algo de lo que debería haber advertido a Felipe, que subió confiado al automóvil y, precavido, se colocó el cinturón de seguridad (tal como lo demuestra la fotografía que en ese instante le hice) pensando que íbamos hacia un bar o un paisaje más o menos cercano. Sin embargo, el trayecto en coche se hizo infinito, hasta llevar a todos los pasajeros a la sospecha de que

no íbamos a ninguna parte, a litoral alguno. El viaje terminó en una calle perdida, a una barbaridad de kilómetros de Oporto; terminó a tres metros de una tapia blanca que nos impedía la continuidad de cualquier viaje. Sólo en ese momento respiramos todos tranquilos, porque eso propició que alguien con autoridad sobre Miguel se atreviera a decirle que debíamos regresar a Oporto, que, a fin de cuentas, todavía estaba más cerca (faltaba poco para que ya no fuera así) que Fátima, ciudad que ya anunciaban los carteles de las diferentes extrañas rutas por las que nos habíamos deslizado.

En un poema de Felipe se dice que es curioso comprobar que el destino de un hombre realmente se ajusta a un catálogo de bagatelas, que una vida —su gloria, su rutina y su fracaso— puede caber sin más en unas líneas de periódico: el tiempo reduce a trazos gruesos —es verdad— la existencia. La historia de Miguel de Lisboa —la que hasta ahora ha estrechado mi amistad con Felipe porque parecía la primera anécdota de un catálogo de bagatelas en marcha que conscientemente los dos utilizabábamos como pretexto para ir consolidando con firmeza nuestros deseos de amistad— ha ido a parar a un callejón sin salida, lo sé desde ayer que, a mi regreso de las islas Azores y a mi paso por Lisboa, me enteré de que Miguel se había matado hace quince días en accidente de automóvil.

Son vagas las palabras y poco hay que añadir cuando la primera bagatela se estrelló contra el muro blanco portugués, poco queda por decir, salvo que habrá que buscar nuevas historias que nos sirvan de pretexto para seguir intentando entrelazar nuestras vidas hoy probables. Poco me queda hoy por decir, salvo desearle, Felipe, lo mejor para tu biografía literaria.